

ANTROPOLOGÍA Y NACIÓN: MATERIALES PARA UNA HISTORIA PROFESIONAL DE LA ANTROPOLOGÍA EN BUENOS AIRES*

*Pablo Perazzi***

RESUMEN

El propósito del artículo es aportar elementos para un mejor entendimiento de la relación entre antropología y nación, y de sus transformaciones a lo largo del tiempo. En la primera sección se tratarán cuestiones relativas a los estilos científicos de la primera generación de antropólogos (1880-1935), y sus diferentes maneras de enfocar la "cuestión nacional". La segunda sección estará destinada a tematizar los dilemas que enfrentó la disciplina durante el proceso de institucionalización (1935-1955), y su involucramiento en la planificación de políticas demográficas a través del Instituto Étnico Nacional. Por último, se examinarán las condiciones científicas y académicas que enmarcaron el fenómeno de profesionalización (1955-1966), permitiendo la emergencia de múltiples concepciones acerca del perfil intelectual de los cuadros disciplinarios.

* Este trabajo es una versión resumida de la Tesis de Licenciatura dirigida por la profesora Cecilia Hidalgo. El autor desea expresar su gratitud a los comentarios de la prof. Hidalgo, del antropólogo Guillermo Wilde, del sociólogo Luis Donatello y de la señorita Julieta Solano Varela.

** Licenciado en Ciencias Antropológicas, Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL-UBA.

SUMMARY

The intention of the article is to contribute to elements for a better understanding of the relation between anthropology and nation, and of its transformation long it of the time. In the first section questions relative to the scientific styles were the first generation of anthropologists (1880-1935), and their different ways to focus "national matters". The second section will be destined to study the dilemmas that face the discipline during institutionalization process (1935-1955), and its involvement in the planning of demographic policies through the National Ethnic Institute. By complete, the scientific and academic conditions were examined that framed the profesionalization phenomenon (1955-1966), allowing the emergency of multiple conceptions it approaches the intelectual profile of the disciplinary panels.

El "mito de la nación" atraviesa en forma oblicua el itinerario de la antropología en Argentina: pensar la antropología es pensar la nación (Guber & Visacovsky 1999; Fígoli 1995). El hecho de que las diferentes tradiciones nacionales de antropología se desarrollaran al compás, al servicio y a costillas de los estados, ya no constituye objeto de controversia. Tampoco es motivo de disputa la hipótesis según la cual a cada contexto nacional ha de corresponder un estilo antropológico particular; y mucho menos aun, aquella que postula la existencia de un vínculo fundacional -y funcional- entre las modernas concepciones del Estado y la delimitación de un estructura oficial de letrados, esto es, de una "comunidad intelectual" (Shils [1974] 1976: 11-41). Pero lo que vuelve inteligible las diferencias en el desarrollo de las antropologías particulares no es su relación con los estados, sino más bien con las respectivas ideologías nacionales. Así, las diferentes historias nacionales dan lugar a antropologías diferentes, y cada estilo nacional de antropología construye su propia aventura intelectual, su propio linaje, su propia genealogía, su propia tradición, y su propia versión del pasado. Si estas tesis son correctas, no sería del todo inverosímil suponer la presencia de una doble correlación: de un lado, entre el "mito de la nación" y ciertas prácticas científicas e intelectuales, y del otro, entre las transformaciones del ideario nacional y las del horizonte científico-intelectual.

El propósito del artículo es aportar elementos para un mejor entendimiento de la relación entre antropología y nación, y de sus transformaciones a lo largo del tiempo. En la primera sección se tratarán cuestiones relativas a los estilos científicos de la primera generación de antropólogos (1880-1935), y sus diferentes maneras de enfocar la "cuestión nacional". La segunda sección estará destinada

a tematizar los dilemas que enfrentó la disciplina durante el proceso de institucionalización (1935-1955), y su involucramiento en la planificación de políticas demográficas a través del Instituto Étnico Nacional. Por último, se examinarán las condiciones científicas y académicas que enmarcaron el fenómeno de profesionalización (1955-1966), permitiendo la emergencia de múltiples concepciones acerca del perfil intelectual de los cuadros disciplinarios.

I- PIONEROS E INTEGRADOS: ENTRE EL ASCENSO SOCIAL Y EL *STATU QUO*, 1880-1935

Florentino Ameghino (1854-1911) y Francisco Moreno (1852-1919) encarnan dos actitudes científicas bien diferenciadas¹. Aunque su llegada al mundo fue contemporánea de lo que la historiografía tradicional denomina "proceso de organización nacional", sus biografías intelectuales y privadas denotan recorridos absolutamente distintos. Comencemos con el primero.

Ameghino constituye un caso típico de investigador metódico que, con dedicación y sacrificio, consigue sobreponerse a todos los obstáculos en la carrera por el ascenso social. Hijo de inmigrantes genoveses, pequeño comerciante semiquebrado, dueño de la librería platense El Gliptodón y preceptor de escuela primaria, autodidacta y de personalidad carismática, se había convertido hacia el final de su vida en una figura de renombre internacional. Frente a la generación de "gentlemen-escritores" de la época (Viñas [1964] 1994: 229), no podía menos que parecer un advenedizo. A falta de prosapia, sólo disponía del talento, la constancia y ciertas dotes personales. Su biografía se asemeja a la de otro miembro destacado de aquella generación, José Ingenieros, quien tiempo después lo iba a inmortalizar en una obra -"dedicada a maestros de escuela"- cuyo título fue *Las doctrinas de Ameghino, la tierra, la vida y el hombre* (1919)².

Semejante hermetismo de clase no tenía otro objetivo que actuar como barrera de contención de hipotéticas tentativas de ascenso social. La situación de un hijo de inmigrantes como Ameghino, carente de fortuna y de cualquier parentesco criollo, con decididas intenciones de acceder a un mundo en el que, además de 'condiciones naturales', era prioritario detentar abolengo e hidalguía, preanunciaba serias dificultades.

El éxito de la empresa ameghiniana en la carrera del talento mucho tuvo que ver con la actitud asumida frente al principal dilema intelectual de la época:

la "cuestión nacional". En lugar de observar el monótono horizonte de las pampas, aventurarse a tierras desconocidas habitadas por indómitos "salvajes" y extender los dominios de la patria, encaró el problema en términos estratigráficos. Es ahí donde los caminos de Ameghino y Moreno se bifurcan.

El origen criollo de Moreno lo llevó a "proyectar" su apellido a lo largo del territorio nacional. Ante la amenaza disolvente de la "plebe ultramarina", resultaba indispensable definir el contorno de un nuevo tipo social que fuera capaz de recomponer la agrietada "tradición nacional". La ficción del "gaucho", una extraña combinación de elementos autóctonos (el indio) y alóctonos (el español), genuino arquetipo de la raza, vino a suplir las insuficiencias propias de una identidad en formación. En ese desierto inconmensurable, contrapunto de la ciudad-puerto atiborrada de "gringos", permanecían intactas las más puras y antiguas glorias nacionales. Además de acrecentar su patrimonio rentístico, la activa participación en las campañas militares de fines del siglo XIX permitió a Moreno reunir una nutrida colección de objetos con la que iba a formar su propio Museo Antropológico. Al poco tiempo, y sobre la base de aquella colección, se creó el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, cuyo primer director fue -obvio es decirlo- él mismo.

La preocupación de Ameghino por resolver el enigma del "origen del hombre americano" no puede entenderse en ausencia de la relación que ésta mantiene con su condición de científico desheredado. La teoría del *Pamphotherium typus* o "argentinos del terciario", no sólo sirvió para exaltar el espíritu nacional, sino que lo convirtió en héroe científico y sabio, y por añadidura en auténtico patriota. De este modo, quedaban también resueltas las dudas sobre las dimensiones espacial y temporal de la identidad nacional: Moreno había procurado extender sus dominios territoriales, mientras que Ameghino había conseguido determinar su antigüedad remontándose hasta la mismísima edad de piedra.

En *Restos pampeanos* Horacio González cuenta una anécdota que involucra al propio Ameghino y al naturalista Pedro Scalabrini (padre del autor de *El hombre que está solo y espera* y de aquella célebre frase pronunciada en ocasión del 17 de octubre de 1945, "el subsuelo de la patria sublevado", posiblemente inspirada en la figura de Ameghino), que permite comprender hasta qué punto aquellos fósiles de la prehistoria nacional -el "subsuelo de la patria"- se conectan con la "plebe ultramarina", de la que ambos formaban parte. En una recorrida por las costas del Paraná, Pedro Scalabrini tropieza con un yacimiento

de mediana importancia. Realiza tareas de remoción, extrae muestras, determina la existencia de tres especies distintas y comunica del hallazgo a Ameghino. Éste último accede a las piezas y, tras un examen paciente y riguroso, decide bautizar a la primera con el nombre de *Toxodontherium*, a la segunda con el de *Ribodom* y a la tercera con el de *Scalabriniterium*, en honor a su descubridor. Así, aquel naturalista de apellido plebeyo quedaba indisolublemente ligado “a osamentas varias veces milenarias” (González 1999: 59).

En 1906, un decreto del Poder Ejecutivo anuncia la creación de la Universidad de La Plata. Entre otras cuestiones, se ordenaba la incorporación del Museo de Ciencias Naturales al flamante recinto, y la organización de un Instituto que debía cumplir funciones educativas, científicas y docentes. Para su director, Francisco Moreno, aquellas disposiciones contrariaban los objetivos que lo habían visto nacer (“museo exposición” y “museo establecimiento de estudio”) y, no pudiendo torcer el curso de los acontecimientos, no tuvo otra alternativa que renunciar al cargo.

La carrera de Ameghino, en cambio, continuaba en ascenso. En 1902 es nombrado director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires -primer argentino en ocupar el cargo-, sucediendo en funciones a Germán Burmeister y Carlos Berg, ambos contratados por Sarmiento. La administración fue excepcional: además de incorporar 70 mil nuevas piezas, consiguió formar un equipo de investigadores -“el estado mayor de Ameghino”, según Ambrosetti-, varios de cuyos miembros se iban a convertir en grandes personalidades del mundo antropológico local.

Pero la hegemonía de las teorías ameghinianas estaba llegando a su fin. En 1910, en ocasión de los festejos del Centenario, se realiza en la ciudad capital el XVII Congreso Internacional de Americanistas. En esa reunión, un año antes de su muerte, los supuestos de Ameghino sobre el origen terciario del hombre americano fueron rotundamente descalificados por el norteamericano Ales Hrdlicka. El punto es que si bien el evolucionismo rioplatense era indisoluble de su figura, la crisis de las teorías ameghinianas en modo alguno arrastró consigo al conjunto de investigadores e investigaciones afines a la escuela. Los discípulos (Gallardo, Ambrosetti, Outes y Torres) prosiguieron sus estudios, conservando una cierta fidelidad con los principios básicos de la corriente. En definitiva, las acusaciones no tuvieron por objeto demoler la estructura conceptual del evolucionismo, sino desestimar los materiales utilizados por Ameghino para validar sus ambiciosas hipótesis. Así fue como se produjo un desplazamiento

geográfico: del centro del país, donde se encontraban los principales yacimientos explorados por Ameghino, al noroeste y noreste, regiones marcadas por la influencia de las grandes culturas andina y guaraní.

Lo cierto es que el deslizamiento geográfico reflejó los cambios que se estaban generando en la matriz ideológica, como consecuencia de las transformaciones introducidas por el nuevo actor social (inmigrante) que amenazaba 'disolver' todo resquicio de identidad soberana. De este modo, a partir de 1910, en pleno auge del ideario nacionalista de Ricardo Rojas, la Antropología pasó a integrar, junto a Filología Indígena, Cartografía Histórica Argentina y Literatura Argentina, el núcleo básico de asignaturas formadoras de identidad nacional (Buchbinder 1997: 54).

II- EL «ANTROPÓLOGO-FUNCIONARIO»: DEL GABINETE A LA OFICINA GUBERNAMENTAL, 1935-1955

En 1935, un reducido grupo de especialistas, muchos de ellos de origen europeo, resuelve concretar una vieja aspiración: crear la Sociedad Argentina de Antropología. Aunque institución privada, funcionó gracias a subsidio oficial incluido en la Ley Nacional de Presupuesto a partir de 1937, por iniciativa de un diputado de extracción socialista³. La nómina de socios del extranjero deja entrever cuáles eran las principales corrientes teóricas a las que se acogieron los cultores locales. Varios representantes de las distintas versiones de la escuela histórico-cultural se encontraban, por cierto, afectados a la institución. La rama centroeuropea estaba representada por Schmidt y Koppers, la rama suizo-francesa por Métraux y Rivet, y la norteamericana por Kroeber y Steward.

Concluida la Primera Guerra, empieza a cimentarse un clima intelectual hostil a las corrientes positivistas que habían dominado la escena científica mundial en las décadas previas al conflicto. La reacción antipositivista se extendió a todo el planeta y permitió el surgimiento de tendencias de corte irracionalista, en su mayoría inspiradas en el neokantismo alemán. En teoría, los antropólogos argentinos incorporaron rápidamente los postulados filosóficos de esas tendencias, aunque en la práctica, debido a las exigencias propias de una especialidad a la que le es imposible prescindir de los "datos" obtenidos en el terreno, continuó adscribiendo a las mismas técnicas y métodos que sus predecesores.

En 1936 José Imbelloni publica *Epítome de culturología*⁴, piedra angular del historicismo cultural porteño. Ese mismo año, Salvador Canals Frau concluye la traducción de *Filosofía de la Sociedad y de la Historia* de Viertkandt, y poco después, en 1940, la de *Metodología Etnológica* de Graebner. Radamés Altieri traduce la *Guía para la investigación etnológica* del norteamericano George Murdock, y Augusto Raúl Cortazar *Una teoría científica de la cultura* de Malinowski. En las mesas de las librerías de la ciudad podían encontrarse obras en español de Lowie, Herskovits, Benedict, Boas, Linton, Kluckhohn y Lévy-Bruhl, de las editoriales Lautaro, Sudamericana y Fondo de Cultura Económica.

Las teorías difusionistas se instalan en la parte sur del continente a finales de los años veinte y principios de los treinta. Durante esa época, por ejemplo, el campo profesional brasileño fue mayormente dominado por miembros de la llamada *Missao Francesa*, como Paul Rivet, Jean Mangué, Roger Bastide y el matrimonio Lévi-Strauss. Dina Lévi-Strauss fue quien introdujo el primer manual de antropología física en el Brasil, y también quien se encargó de su traducción al portugués. Paul Rivet fue sin duda alguna la figura estelar de aquel destacado elenco de antropólogos. Alfred Métraux, discípulo de Rivet, se ocupó de familiarizar a los cultores locales con las corrientes difusionistas de Europa occidental. En 1927 fundó el Instituto de Antropología de Tucumán y trabó una estrecha amistad con el etnógrafo Enrique Palavecino, quien al cabo se transformaría en su más conspicuo seguidor. Se inicia de este modo el proceso de institucionalización de la práctica antropológica⁵.

Pero en 1946 el panorama cambia drásticamente. La intervención de las universidades nacionales ordenada por el Poder Ejecutivo dejó como saldo -entre renuncias y cesantías- la exclusión de una tercera parte del plantel docente efectivo. La Oficina de Reuniones Públicas de la Policía Federal creó tales inconvenientes a las sociedades científicas que las tornó prácticamente inoperantes. Un decreto oficial sentenció la clausura de todas las actividades realizadas en el ámbito de la Sociedad Argentina de Antropología. Incluso se llegó al ridículo de exigir la solicitud de una autorización policial toda vez que se efectuara una reunión de comisión directiva (Márquez Miranda 1958: 1).

En cuanto a la composición académica de la práctica antropológica ocurren dos acontecimientos significativos. Por un lado, se produce el arribo de un nutrido grupo de "humanistas" centroeuropeos, muchos de los cuales anudaban un pasado político cuando menos dudoso⁶. El primero en llegar fue Marcelo Bórmida, quien se integró al Museo Etnográfico en calidad de docente

ad honorem. El húngaro Miguel de Ferdinandy arribó al país previo paso por el Portugal de Salazar, y ocupó la dirección del Instituto de Arqueología y Etnología de Cuyo, reemplazando a Canals Frau. El yugoslavo Branimiro Males suplantó a Enrique Palavecino en la dirección del Instituto de Antropología de Tucumán. Por último, tal vez el caso más emblemático, el prehistoriador austriaco Oswald Frantz Ambrosius Menghin Terzer, uno de los máximos exponentes del *Kulturhistorische Methode*, contratado como Profesor Extraordinario de la Universidad de Buenos Aires⁷. Por otro lado, se rescindió contrato de todo cargo y función a Fernando Márquez Miranda, Francisco de Aparicio, Alberto Salas y Joaquín Frenguelli⁸. En tales circunstancias, no tuvieron otro remedio que alternar entre efímeras chances de sumarse a proyectos privados, el dictado de conferencias, viajes de estudio e investigación, y alguna publicación en revistas ajenas a los medios gráficos de control estatal. Alberto Salas obtuvo en subsidio de la *Viking Fund* para continuar sus investigaciones en Tumbaya (prov. de Jujuy). Francisco de Aparicio recibió una oferta de una editorial mexicana (Fondo de Cultura Económica) para publicar algunos de sus trabajos, y fue nombrado "miembro honorario" del *Royal Anthropological Institute*. Fernando Márquez Miranda dio conferencias en Santiago de Chile, Roma, París y Madrid, y realizó viajes de estudio e investigación a Marruecos y Portugal.

Entre 1946 y 1955 la práctica profesional permaneció bajo supervisión estricta de un limitado y homogéneo círculo de especialistas, vinculados entre sí por su adhesión al *Kulturhistorische Methode*, su condición de científicos emigrados, su formación académica de corte antropofísica, y su lealtad al gobierno peronista. Las señales de lealtad de los antropólogos para con las máximas autoridades del Poder Ejecutivo fueron externas y no científicas, aunque en cualquier caso manifiestas. Además del programático y sugestivo artículo de Branimiro Males titulado "Antropología y Justicialismo" (Males 1953), en estudios sobre mutilaciones dentarias, enterramientos colectivos, el origen de los Lígures o la importancia de acrómetro, solían aparecer imprevistos comentarios acerca de su significación social y política: "un magnífico programa para la actividad gubernamental" (Imbelloni 1948: 8), "grandes obras del gobierno de la revolución" (Canals Frau 1948: 14) o "la solución de los problemas de nuestra vida diaria" (Males 1953: 245).

La aplicación práctica -directa e indirecta- del conocimiento antropológico constituyó un instrumento indispensable en la planificación de políticas demográficas. La experiencia más consistente de aplicación de saberes disciplinarios se concretó en el denominado Instituto Étnico Nacional, una

repartición pública dependiente del Poder Ejecutivo, creada en 1946 sobre la base de instituciones existentes⁹. Con el Instituto Étnico Nacional, la antropología deviene 'ingeniería social' y el antropólogo un 'funcionario'. Se inicia de esta manera el tránsito del museo a la oficina gubernamental. Las investigaciones comienzan a orientarse según los indicativos político-científicos del justicialismo: "estudiar de manera cabal, integral y totalitaria, la población del país produciendo estudios sobre los que pueda basarse una segura acción de gobierno dirigida al mejoramiento futuro" (Canals Frau 1948: 6).

Hay dos clases de antropología aplicada: indirecta y directa (Hogbin [1957] 1974: 270). La indirecta es aquella en la que el especialista se remite a informar de ciertos aspectos socioculturales a quienes sostienen algún vínculo con grupos humanos determinados. La directa, por el contrario, consiste en la realización de investigaciones *in situ* sobre cuestiones específicas de interés gubernamental. La aplicación indirecta preexistió a la directa, pero la aparición de esta última de ningún modo extinguió a la primera: constituyen estrategias de conocimiento complementarias. En base a esta cooperación de saberes se estructuró la práctica disciplinaria local: el Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires representó a la 'antropología oficial académica' y el Instituto Étnico Nacional a la 'antropología oficial aplicada'. Tejióse así una alianza estratégica de intereses, un contrato que replicó, tanto de la 'antropología aplicada' como de la 'académica', una toma de posición, es decir, una señal de lealtad con el gobierno que a la vez que asignaba legitimidad científico-intelectual a las acciones de Estado, volvía legítimas a las propias intervenciones disciplinarias.

Al igual que con Ameghino, la condición de inmigrantes y la formación naturalista de los cuadros profesionales definieron una mirada científica de la "cuestión nacional" absolutamente inédita. Imbelloni cursó la carrera de Medicina en Perusa y más tarde se doctoró en Ciencias Naturales en la Universidad de Padua; Canals Frau se dedicó al comercio en Francia y a las finanzas en Francfort donde tomó cursos de Antropología y Etnología; Bórmida estudió Ciencias Naturales en Italia; Males recibió una enseñanza filosófica en Yugoslavia y luego se especializó en fisiología racial; Menghin se doctoró en Prehistoria en la Universidad de Viena. Exceptuando a Imbelloni, quien actuó como periodista en Argentina entre 1908 y 1915 (año en que retornó a Italia, aparentemente para alistarse en el ejército de Mussolini), el resto había ingresado al país a partir de 1946. Por consiguiente, es muy probable que su vinculación con la "cuestión nacional" haya sido externa y distante, más que interna o

localizada¹⁰. Para ellos, la “nación” no era un problema espiritual sino un asunto contable.

Las investigaciones llevadas a cabo por miembros del Instituto Étnico Nacional constituyen un esfuerzo por “concretar una original antropografía orientada a explorar entre los nativos argentinos los rasgos del ser nacional” (González Bollo 1999: 49). Durante este período, fue la antropología -y no en cambio la sociología- la disciplina que se ocupó de enfocar ‘científicamente’ el problema de la identidad nacional. Si bien es cierto que la utilización de los resultados entrañaba objetivos políticos y discriminatorios -atender a la “defensa cultural del pueblo” y controlar las “corrientes exóticas que contribuyen a la desintegración mental” (Constanzó 1946: 156)-, el hecho es que la antropología argentina conseguía, por primera vez en toda su historia, involucrarse *disciplinariamente* en el debate nacional, y articular una estrategia discursiva radicalmente distinta de las de otros campos intelectuales. Acaso esa fue la razón por la que el Estado le confió el estudio ‘científico’ de las fuentes étnico-culturales del ser nacional. La reducción del problema de la ‘argentinidad’ a su mínimo antropológico-cultural bien pudo ser un experimento destinado a colocar entre paréntesis (y neutralizar políticamente) las intervenciones públicas de los intelectuales antiperonistas, nucleados en las revistas *Sur*, *Contorno* o *Imago Mundi*¹¹.

III- PROFESIONALIZACIÓN: UN MUNDO PARA LA ANTROPOLOGÍA, 1955-1966

Con la intervención de las universidades nacionales decretada en octubre de 1955, declina la hegemonía académica de las corrientes histórico-reconstructivas de origen centroeuropeo. Pero el repliegue de estas tendencias poco tuvo que ver con reajustes conceptuales o cambios en la orientación disciplinaria. El proceso de “desperonización” de las casas de altos estudios arrastró consigo a Eduardo Casanova y José Imbelloni, dejando en estado de virtual acefalía la representación local de la escuela. Lo cierto es que al cabo de un tiempo, un discípulo de Imbelloni, el profesor Bórmida, lograría, tras una dudosa reinterpretación de la ortodoxia, reinstalar el historicismo en el centro mismo de la escena antropológica. En rigor de verdad, el alejamiento del autor del *Epítome* no implicó la caducidad de su empresa intelectual, así como tampoco la de las fuentes teóricas que le dieron sustento. Muy por el contrario, la adhesión al método histórico no sólo se mantuvo viva en la producción científica de varios de los hombres clave del campo disciplinario, sino que se

amplió en forma geométrica. El moderado repliegue de la rama austro-alemana permitió la entronización de las vertientes francesa y norteamericana, vertientes que, por razones de naturaleza política, habían permanecido excluidas del circuito académico en la década previa. Los debates internos resultantes de estos reposicionamientos teóricos, además de definir perfiles antropológicos diversos, delinearon -como se intentará mostrar- un nuevo vínculo con la "cuestión nacional". Aunque todo parecía indicar que la creación de una Licenciatura en Ciencias Antropológicas era un hecho inminente, los escasos tres años que pasaron antes de concretar aquella vieja aspiración¹² se utilizaron para aceitar la maquinaria conceptual e institucional de la disciplina.

A los pocos días de asumir como "rector interventor", José Luis Romero designó al arqueólogo Alberto Salas decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Salas se ocupó de reorganizar y normalizar la situación política, docente, científica e institucional de los cuadros académicos. En términos disciplinarios, ello implicaba el nombramiento de nuevas autoridades al frente de cátedras, institutos y museos. La aplicación de sanciones a quienes se habían desempeñado durante la década peronista tuvo más un sentido ejemplificador y simbólico, que efectivo y planificado. El triunfo de los sectores moderados sobre la posición intransigente de ciertos sectores del estudiantado y del claustro docente, facilitó la continuidad de figuras de mediana significación (p.e., Bórmida) y la reconversión de otras (p.e., Menghin y Canals Frau) cuyo peso en la academia o en la función pública había sido de vital importancia. El "extraño maridaje"¹³ de facciones católicas y liberal-reformistas fue efímero, y por cierto un verdadero fracaso: si bien coincidían en aspectos políticos de coyuntura (la "desperonización"), conservaban profundas discrepancias en cuanto a sus visiones acerca del futuro de la sociedad argentina. En ese contexto se llevó a cabo la reorganización del sistema de enseñanza e investigación del ámbito antropológico.

Salvador Canals Frau había sido director del Instituto Étnico Nacional, y también de sus tres órganos de difusión: *Anales*, *Folleto de divulgación* y *Boletín*. No obstante lo cual, se lo nombró director del Museo Etnográfico, del Instituto de Antropología y de *Runa*, profesor titular de Antropología y presidente de la Sociedad Argentina de Antropología, cargos en los que se desempeñó hasta su muerte en 1957. Marcelo Bórmida había hecho una carrera maratónica y daba con el perfil de los llamados profesores "flor de ceibo": de docente *ad honorem* en 1946 a "ayudante mayor" en 1951; en julio de 1952 obtuvo el título de profesor en Historia y en julio del año siguiente se licenció en Historia con especialidad

en Antropología y Etnología General; cinco meses después defendió su tesis doctoral en Filosofía y Letras, y en agosto de 1954 se convirtió en "adjunto" de Antropología (cátedra de la que Imbelloni era titular); entre 1947 y 1955 publicó un total de 17 artículos originales (11 de los cuales aparecieron en *Runa*). Pese a esto, el consejo directivo de la Facultad lo designó, en 1956, delegado a una mesa redonda sobre enseñanza universitaria de las ciencias del hombre patrocinada por la UNESCO, y en 1957 profesor titular con dedicación parcial de Antropología. Ese mismo año accedió al cargo de profesor titular ordinario con dedicación parcial de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, y en septiembre de 1958 Gino Germani, director del Departamento de Sociología, lo confirmó al frente de un curso de Antropología Cultural, puesto que compartió con el etnógrafo Enrique Palavecino. Por su parte, el prehistoriador austriaco Oswald Menghin conservó el cargo de "profesor extraordinario" de la Universidad de Buenos Aires, título que había obtenido en 1948, y en 1957 Márquez Miranda, entonces decano de la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata, lo nombró profesor interino de Prehistoria. El hecho de que la defensa más entusiasta de la continuidad académica de Menghin haya provenido de un liberal-reformista como Márquez Miranda, además de confirmar la inconsistencia del proceso de "desperonización", revela los fuertes vínculos que ligaban a los especialistas entre sí, por encima de cualquier contubernio o diferencia política. A fin de cuentas, a Menghin se lo consideraba "nuestro sabio colega" (Márquez Miranda 1960: 6), un objeto preciado del que nadie quería desprenderse, e incluso se le atribuían facultades 'paranormales', como que había sido capaz de "precisar la edad de materiales arqueológicos... con notable exactitud, datándolos en altas antigüedades antes de su ratificación por las pruebas del Carbono" (Márquez Miranda 1960: 6).

De todas maneras se ensayaron algunas medidas destinadas a "reparar las injusticias cometidas por el gobierno depuesto" (*Runa*, vol. VII, p. 142). Por mencionar un ejemplo, el Instituto de Arqueología Americana pasó a llamarse "Francisco de Aparicio", de quien el decano Salas, entre otros, se reconocía discípulo. Durante su gestión al frente del Museo Etnográfico, de Aparicio había suscrito a la Junta de Exhortación Democrática, y figuraba entre los firmantes de una solicitud en la que se sugería a Tom Connaly, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, apurar el trámite para el arribo anticipado del nuevo embajador norteamericano Spruille Braden, y detener así el vertiginoso avance del peronismo (Luna 1992: 120 y 133). La actitud le significó la pronta remoción del cargo.

El clima universitario postperonista convirtió a Fernando Márquez Miranda en figura clave de la disciplina. Su exclusión de las aulas entre 1946 y 1955 lo llevó a reflexionar sobre las condiciones de producción de conocimiento antropológico en Latinoamérica, y en particular en Argentina (Márquez Miranda 1949, 1954ab y 1958). Fue durante este interregno cuando empezó a delinear una idea que, una vez normalizada la situación universitaria, intentaría poner en práctica: la "exclaustración de la cultura" (Márquez Miranda 1960: 6). Exclaustrar la cultura implicaba varias cosas: a) acercar al "gran público" los progresos y resultados de las ciencias del hombre, b) quebrar "el estado de triste aislamiento, de verdadera 'paz armada'" que imperaba entre sus cultores, c) conectar la antropología a otros campos del conocimiento humano, d) crear una profesión titulada, y e) replantear el contrato entre antropología y nación. Si bien en términos generales todos coincidieron con la propuesta, en términos particulares cada cual tenía su propia versión sobre cómo llevarla a cabo.

El "Proyecto de plan de estudios de la carrera de Ciencias Antropológicas" (Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, AG-378, N° 88) elevado a consideración de la Comisión de Enseñanza el 13 de octubre de 1958, constituye un fiel reflejo de aquella 'pulseada' entre concepciones antagónicas. El plan incluyó tanto las motivaciones de la "razón oficial" (Consejo Directivo) como las de la "razón especializada" (claustró de profesores de antropología). Hay materias de neto corte 'renovador' -sobre todo las introductorias, las complementarias, y algunas de las básicas¹⁴- que traducen el ideario académico postperonista (dilucidación de problemas sociales), y materias que, en cambio, resignifican la herencia disciplinaria local -las de las orientaciones en Arqueología, Etnología y Folklore-, y se distancian del proyecto renovador.

La entronización de las corrientes francesa y norteamericana del historicismo cultural creó nuevos nichos de investigación, y delimitó el rol de la antropología de cara a los nuevos problemas de la sociedad argentina: controlar los procesos de cambio de las poblaciones rurales o semirurales, indígenas y no indígenas (Palavecino 1960: 21). De cualquier forma, aunque había un relativo consenso en torno a la necesidad de definir un perfil social para la disciplina, el rol profesional encarnó tres concepciones bien diferenciadas: una 'social' y 'localizada', otra 'cultural' y 'universalista', y una última 'reconstructiva' y 'humanista'.

El otorgamiento, en septiembre de 1956, del título de "doctor *honoris causa*" a Paul Rivet, permitió apuntalar la concepción 'cultural' y 'universalista'. Los adherentes locales estaban representados por Canals Frau y Márquez

Miranda. Este último solía jactarse de su amistad con Rivet -también de la de “mi amigo el etnógrafo norteamericano Julian H. Steward” (Márquez Miranda 1954a: 445)-, añadiendo que oficiaba de anfitrión cuando éste se encontraba de paso por Buenos Aires (RUBA, año 1, N° 3, 1956). Postulaba que la meta del antropólogo era “comprender al Hombre *in genere*”, pues “una mejor y más racional comprensión de las relaciones humanas” ayudará “a comprenderse a todos los hombres, allí donde se encuentren” (Márquez Miranda 1957 y 1960). El llamado ecuménico de la antropología por encima de toda frontera regional y continental, constituye el principal aporte de Márquez Miranda a las ciencias del hombre en Argentina. Lo cierto es que este enfoque se extinguió con sus exponentes: la muerte en 1957 de Canals Frau y en 1961 de Márquez Miranda dictaminó el ocaso de la concepción ‘universalista’.

Entre la concepción ‘social’ y ‘localizada’ de Enrique Palavecino y la ‘reconstructiva’ y ‘humanista’ de Marcelo Bórmida, se dirimió el futuro de la antropología porteña. Palavecino introdujo el concepto de “áreas culturales” de Steward -en oposición a la idea de “ciclo cultural” de Frobenius defendida por Bórmida- y realizó investigaciones sobre procesos de cambio y transculturación. Intentó, por otro lado, adaptar el esquema conceptual de Redfield (“culturas folk y semifolk”) y la noción de Germani de “cultura rural”, a las condiciones específicas del conocimiento antropológico y sus posibilidades de aplicación en el contexto local. Pero la principal contribución de Palavecino fue, sin lugar a dudas, haber subrayado la importancia “por sobre todas las cosas [d]el trabajo de campo etnográfico” (Lischetti: [1988] 1989: 11). En 1965, un año antes de su muerte, creó en la ciudad de Olavarría el Museo Etnográfico Municipal “Dámaso Arce”, que, tras la dictadura de Onganía y la intervención de las universidades, se convirtió en un verdadero centro de formación y difusión de antropología social⁵.

El artículo que encabezó la primera entrega de *Runa* después de la Revolución Libertadora fue “Cultura y ciclos culturales. Ensayo de etnología teórica” (1956), por Marcelo Bórmida. Con esto, el joven profesor de Antropología dejaba en claro cuál era su visión de la práctica de la disciplina. Aunque dedicó varias páginas a criticar “el concepto clásico de ciclo cultural” (1956: 11-14), las críticas fueron formales e intrascendentes. En rigor de verdad, se mantuvo siempre dentro de los límites prescritos por el “pontífice máximo” (1956: 11) de la escuela, el etnólogo jesuita Wilhem Schmidt. De ahí su propuesta, elaborada en su siguiente ensayo histórico-crítico, “Bosquejo para una historia general del pensamiento etnológico” (1958-59 a y b), de hacer de la

etnología “el estudio de los pueblos y de las culturas bárbaras” (cursiva del original, 1958-59: 11). Extraña definición para una ciencia que, según él, aspiraba a “ser parte esencial de una humanismo integral” (Bórmida 1956: 26; 1961: 490). Era previsible, por consiguiente, que entendiera que “la antropología social se halla todavía en una fase experimental” (Bórmida 1961: 486). La muerte de Palavecino y el rebrote nacionalista del “onganiato”, allanaron el camino para la imposición inconsulta de una nueva y prolongada ortodoxia antropológica: la fenomenología bormidiana. A partir de entonces, aquel prolífico y carismático profesor de Antropología, que solía compartir largas veladas con sus alumnos, se iba a convertir, hasta el día de su muerte, en un “brillante, aunque contradictorio y conflictivo, “zar” de la etnología” porteña (Bartolomé 1982: 412).

“Las profecías lanzadas desde la cátedra -advertía Max Weber ([1919] 1988: 230)- podrán crear sectas fanáticas, pero nunca una auténtica comunidad”.

Notas

- ¹ Muchos de los datos sobre vida y obra de Ameghino y Moreno han sido extraídos de los artículos de Patricia Arenas “La antropología en la Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX” (*Runa* XIX, 1989-1990), Hugo Ratier “La antropología social argentina: su desarrollo” (mimeo), y Guillermo Madrazo “Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina” (*Boletín del ITT*, N° 1, 1985), y del libro de Horacio González *Restos Pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*.
- ² Como indica Terán, Ingenieros “está desprovisto de un origen nacional” pues había arribado a Buenos Aires, de muy niño, desde Italia. Cabe añadir que adaptó su apellido original a su nueva lengua: de Ingegnerios a Ingenieros (Terán 2000: 289).
- ³ En 1946 se deroga el subsidio de \$ 2000 moneda nacional, alegando que la SAA no desarrollaba tareas sociales. Entre tanto, el Poder Ejecutivo destinaba medio millón de pesos al Racing Club de Avellaneda (*Boletín de la SAA*, N° 9, julio de 1945)
- ⁴ Reeditado en 1952 sin modificaciones sustanciales, exceptuando la inclusión de un nuevo Prefacio en el que se vuelve a insistir en la actualidad del método histórico: “En brevisimo tiempo hemos visto desfilar la doctrina cultural de los etnólogos psicoanalistas, la de la personalidad basal, la del criterio funcionalista, la del psicologismo ambiental, y la del determinismo de las formas sociales, o sociomorfismo (...) De modo alguno entendemos nosotros asumir una posición de lucha. Nos

conformamos en este tomo con seguir ilustrando el método histórico (Imbelloni [1936] 1952: 20-21).

- 5 El proceso de institucionalización abarcó todo el continente. En un lustro se crearon el Instituto Etnológico Nacional y el Instituto de Antropología Social (Colombia), la Escuela Nacional de Antropología (México), el Departamento de Investigaciones Sociales del Campesinado (Ecuador), el Instituto Indigenista Nacional (Guatemala), el Servicio de Antropología (Brasil) y la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía (Washington) cuyo director fue el norteamericano Ralph L. Beals.
- 6 La información sobre el tema es imprecisa y contradictoria, pero hay indicios que parecen confirmar la existencia de una compleja red de influencias que funcionó como enlace intercontinental. Los funcionarios de la Dirección Argentina de Inmigración en Europa, con sede en Roma y filiales en Génova y Nápoles, se encargaban de la selección de los aspirantes. Hubo quienes migraron sin mayores dificultades y quienes en cambio debieron permanecer algún tiempo en Europa, sobre todo en España y Portugal, hasta tanto surgiera una oferta de trabajo fuera del continente. A los más prestigiosos físicos alemanes les llegaron propuestas de los Estados Unidos; a los humanistas húngaros, italianos, yugoslavos y austríacos de la Argentina.
- 7 Ciertas versiones sostienen que Menghin firmó el decreto de expulsión de Sigmund Freud de la Universidad de Viena, durante su desempeño como rector entre 1935 y 1936 (JCGA 1989: 34). En la correspondencia Freud-Zweig, el propio Freud hace público el desprecio que el etnólogo jesuita Wilhem Schmidt, "socio honorario" de la SAA, sentía por su persona. En rigor de verdad, si bien es cierto que Menghin fue rector de la Universidad de Viena y Ministro de Educación, por algunas semanas (luego reemplazado por el jesuita Schmidt), durante el *Anschluss* de Austria al III Reich, no existen pruebas concretas a partir de las cuales confirmar las sospechas.
- 8 Enrique Palavecino y Salvador Canals Frau fueron dejados cesantes de algunos de sus cargos, pero consiguieron rápidamente ubicarse en otras unidades académicas u organismos oficiales.
- 9 Dichas instituciones fueron: Comisión Honoraria de Reducciones de Indios, Dirección Nacional de Migraciones y Oficina Etnográfica.
- 10 En rigor de verdad, Imbelloni fue el único exponente de la disciplina que, desde los años treinta, intentó desarrollar una visión americana de los problemas americanos. Tres décadas después, en 1961, un grupo de personas, entre los que se encontraba Marcelo Bórmida -su más conspicuo discípulo-, conformó el Centro Argentino de Estudios Americanos, antecedente institucional de lo que en 1973 sería el Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA).
- 11 Dirigidas por Victoria Ocampo, los hermanos Ismael y David Viñas, y el historiador José Luis Romero, respectivamente.

- ¹² Ya en 1949 Fernando Márquez Miranda había aludido a la posibilidad de organizar una licenciatura en antropología “a la manera de la que existe en México (y que será la primera creada en nuestro país)” (Márquez Miranda 1949: 217).
- ¹³ La expresión “extraño maridaje” fue empleada por Leopoldo Bartlomé para dar cuenta de la confusa alianza entre nacionalismo, voluntarismo, irracionalismo y fenomenología, que caracterizó al campo antropológico durante las llamadas “cátedras nacionales” (Bartolomé 1982: 413).
- ¹⁴ Las introductorias fueron: Filosofía, Historia, Sociología y Ciencias Antropológicas. Entre las básicas figuraban: Psicología, Técnica de la Investigación, Sociología Sistemática, Lingüística, Geografía Humana y Antropología Social. Las complementarias se organizaron en 5 grupos de materias con proyección etnohistórica, antropológico-social, etno-filosófica, bio-psicológica y antropogeográfica.
- ¹⁵ Cabe recordar que el primer manifiesto antropológico-social, “Antropología social aquí y ahora” (1968), fue publicado en *Actualidad Antropológica*, órgano de difusión del Museo.

BIBLIOGRAFÍA

ALTAMIRANO, Carlos y Beatriz Sarlo

1997 *Ensayos argentinos*, Ariel, Buenos Aires.

ARENAS, Patricia

1989-90 “La antropología en la Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX”, *Runa*, 19: 147-160, FFyL-UBA, Buenos Aires.

BARTOLOME, Leopoldo

1982 “Panorama y perspectivas de la antropología social en la Argentina”, *Desarrollo Económico*, 87 (22): 409-420, Buenos Aires.

BORMIDA, Marcelo

1956 “Cultura y ciclos culturales. Ensayo de etnología teórica”, *Runa*, 7:5-28, FFyL-UBA, Buenos Aires.

1958-59a “El estudio de los bárbaros desde la antigüedad hasta mediados del siglo XIX. Bosquejo para una historia del pensamiento etnológico”, *Anales de arqueología y etnología*, 14-15: 265-318, UNC, Mendoza.

1958-59b "Bosquejo para una historia general del pensamiento etnológico. La antropología del materialismo", *Runa*, 9: 51-98, FFyL-UBA, Buenos Aires.

1961 "Ciencias antropológicas y humanismo", *RUBA*, 5º época, 6: 470-490, UBA, Buenos Aires.

1981 "Curriculum Vitae", *Scripta Ethnologica*, 6: 12-18, CAEA, Buenos Aires.

BUCHBINDER, Pablo

1997 *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, EUDEBA, Buenos Aires.

CANALS FRAU, Salvador

1948 "Función y organización del Instituto", *Folleto de Divulgación del IEN*, 1: 3-15, Dirección Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Ministerio de Asuntos Técnicos, Presidencia de la Nación, Buenos Aires.

CONSTANZÓ, María M.

1946 "La antropología y el problema de la población en Argentina", *Acta Americana*, 3 (4): 154-150, Washington.

FIGOLI, Leonardo

1995 "A antropologia na Argentina e a construção da nação", *Estilos de antropologia*, Cardoso de Oliveira y Raul Ruben Guilherme (Orgs.), Unicamp, Campinas.

GONZÁLEZ BOLLO, Hernán

1999 *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina*, Dunken, Buenos Aires.

GONZÁLEZ, Horacio

1999 *Restos pampeanos*, Colihue, Buenos Aires.

GUBER, Rosana y Sergio Visacovsky

1999 *Imágenes etnográficas de la nación. La antropología social argentina de los tempranos años setenta*, Série Antropología, Brasilia.

HOGBIN, Ian

1974 "La antropología como servicio público. Contribución de Malinowski", *Hombre y cultura. La obra de Bronislaw Malinowski*, VV.AA., Siglo XXI, Madrid.

IMBELLONI, José

1952 *Epítome de culturología*, Humanior, Buenos Aires.

1950 "Antropología. Investigadores e investigaciones. Etapas de esta ciencia en nuestro país", *Publicaciones Subsecretaría de Cultura*, serie III, 4: 193-215, Buenos Aires.

KUPER, Adam

1973 *Antropología y antropólogos. La Escuela Británica 1922-1972*, Anagrama, Barcelona.

LISCHETTI, Mirta

1989 *Jornadas de Antropología. 30 años de la antropología en Buenos Aires*, Colegio de Graduados en Antropología, FFyL-UBA, Buenos Aires.

LUNA, Felix

1992 *El 45*, Sudamericana, Buenos Aires.

MALES, Branimiro

1953 "Antropología y Justicialismo", *Humanitas*, 1 (1): 245-256, FFyL-UNT, Tucumán.

MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando

1949 "Actividades en las «ciencias del hombre» en la Argentina", *Travaux de Institut Francais d'Études Andines*, t. 1: 210-223, Paris-Lima.

1954a "Un panorama de la etnología norteamericana", *Ciencia e investigación*, 10 (10): 435-451, Buenos Aires.

1954b "Las «ciencias del Hombre» en la América Latina", *Ciencia e investigación*, 12 (10): 549-551, Buenos Aires.

1956 "Homenaje a Paul Rivet", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1 (3): 236-238, Buenos Aires.

1957 "Palabras preliminares", *Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología y Etnografía*, Museo Etnográfico-FFyL-UBA, Buenos Aires.

1958 "La universidad y los estudios de las «ciencias del hombre»", *Ciencia e investigación*. 1 (14): 1-2, Buenos Aires.

1959 *Siete arqueólogos, siete culturas*, Hachette, Buenos Aires.

1960 "Discurso de apertura", *Segunda Mesa Redonda Internacional de Arqueología y Etnografía*, Museo Etnográfico-FFyL-UBA, Buenos Aires.

NEIBURG, Federico

1998 *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza, Buenos Aires.

PALAVECINO, Enrique

1960 "Áreas de Culturas Folk", *Segunda Mesa Redonda Internacional de Arqueología y Etnografía*, Museo Etnográfico-FFyL-UBA, Buenos Aires.

1962 "Teoría del cambio cultural", *Philosophia*, 26: 60-72, Mendoza.

PERAZZI, Pablo

2000 "Notas para una «geopolítica» de la antropología en Argentina", *La escena contemporánea*, 5: 67-74, Buenos Aires.

2001 *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966*, Tesis de Licenciatura, mimeo, Buenos Aires.

SHILS, Edward

1976 *Los intelectuales en los países en desarrollo*, Tres Tiempos, Buenos Aires.

TERÁN, Oscar

2000 *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, FCE, Buenos Aires.

VIÑAS, David

1994 *Literatura argentina y realidad política*, 2 Vol., CEAL, Buenos Aires.

WEBER, Max

1988 *El político y el científico*, Alianza, Madrid.